



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII	San Salvador, C. A., Enero - Febrero de 1957	Número 112
---------	--	---------------

ORIENTACION

Lo principal y lo añadido

"En toda sociedad bien ordenada, dice León XIII, en su Encíclica "Rerum Novarum" debe encontrarse una suficiente abundancia de bienes corporales, el uso de los cuales es necesario para el ejercicio de la virtud".

Tenemos expresado con estas palabras el fin económico de la sociedad. Esta, en su calidad de tal, debe preocuparse de establecer un ordenamiento económico el más perfecto posible, en orden a que todos sus miembros puedan conseguir el fin para el que se han reunido en sociedad o sea la perfecta suficiencia de la vida, el perfecto desenvolvimiento del ser humano en todas sus legítimas aspiraciones y tendencias en todos los órdenes de la vida.

El hombre no es únicamente el homo oeconomicus, el animal perfeccionado que sólo es para comer, simple agente de producción y de consumo, conforme a las doctrinas, en parte ya decadentes, del socialismo y comunismo. Tiene el hombre entendimiento que debe ilustrar con el conocimiento de las verdades más conducentes a la dirección de su vida y tiene una voluntad que debe ejercitar libremente en su adhesión al bien y en conformidad a la ley moral, impuesta por el Creador, y cuya fuerza obligatoria percibe en el fondo de su conciencia. Por lo tanto sería gravísimo error reducir la convivencia social a un simple hecho económico, pero también lo sería el prescindir de los medios materiales de que el hombre, compuesto de alma y cuerpo, necesita para sostenerse y desarrollarse y que en las circunstancias tan complejas del mundo actual solamente puede suministrar una perfecta organización de tipo económico, mediante una producción de bienes materiales, una circulación, distribución y consumo bien calculados y dirigidos.

Ante estas realidades ¿qué puesto ocupa el cristianismo en el quehacer económico?

Mal se puede achacar a los hijos de la Iglesia ni desprecio ni resistencia al bienestar económico cuando desde las primeras páginas de la Biblia se nos enseña que Dios puso al hombre en el paraíso para que lo trabajase (Gen. 2,5), ley que revistió un carácter de severo castigo y elemento restaurador después del pecado (Gen. 3,19), a cuyo cumplimiento se nos anima, entre otros, con el ejemplo de nuestro Divino Redentor convertido en Jesús obrero, en el taller del carpintero, su padre adoptivo San José.

"Quien no quiera trabajar, que tampoco coma" formula San Pablo preocupado de que ninguno de sus cristianos viviese en la ociosidad, ni siquiera con el pretexto de una supuesta proximidad del fin del mundo (Thes. 3,10).

Conforme a esto el trabajo, factor principal de los bieles materiales, fue elevado por el cristianismo de la condición propia de esclavos que tenía en el paganismo a la altura de la vida la más apropiada de los hijos de Dios, con los felices resultados de los que tanto nos gloriamos en la civilización occidental aunque olvidando unas veces o callando otras intencionadamente su origen cristiano.

"La Iglesia", nos dice nuestro Ssmo. Padre Pío XII, "no suprime las energías humanas sino que las eleva a cuanto es noble y generoso y forma caracteres que no tienen compromisos con la conciencia. Ni ella que ha civilizado a las naciones, ha retardado jamás el progreso civil de la humanidad, del que por el contrario se muestra satisfecha y alegre con orgullo de madre".

"Un supernaturalismo", son también sus palabras, "que la retiene separada y especialmente que la retiene separada de las necesidades económicas y políticas, como si no concerniesen a los cristianos y católicos, el algo enfermizo, algo ajeno al pensamiento de la Iglesia".

"La Iglesia no puede separarse arrinconada en el interior de sus iglesias y desertar de ese modo de su misión providencial de formar al hombre completo y colaborar de este modo sin descanso en la construcción de los sólidos fundamentos de la sociedad".

El Cristianismo empieza por reconocer la dignidad de la persona humana en su calidad de obra maestra de la creación visible y destinada graciosamente por El a participar de su misma gloria. Y precisamente a manera de dote de esta su dignidad y vinculación con su Creador recibe de sus manos el poder y el encargo de dominar y sujetar la tierra y cuanto hay en ella. (Gen. 1,28; Ps. 8,6ss), junto con una gran superabundancia de medios para la vida (Gen. 1,29s) que si no excluía el trabajo, no era con el carácter actual de penoso sino con el de ocupación apropiada para el desarrollo de todas sus facultades.

El hombre al desvincularse de Dios por el pecado se nos presenta privado de cuanto representaba facilidades de la vida. Es verdad que no por eso la creación perdió su finalidad de servir al hombre ni en este se apagó la irresistible aspiración recibida del Creador hacia una conveniente felicidad en la tierra, pero entorpecidas de diversos modos sus facultades, la historia nos es testigo del penoso proceso de rehabilitación y de conquista con que va cumpliendo su misión de dominar y sujetar la tierra, se diría que hasta con cierta enconada soberbia de parte de algunos, como si lo fueran logrando contra la voluntad de su Creador. Nada más opuesto a la realidad.

Dios es tan grande que no se arrepiente de sus dones y una vez restaurado el hombre a su condición de hijo de Dios con una obra tan estupenda de amor como es la Redención, nos parecía muy conforme al primitivo plan que a la

adopción divina se añadiese el ambiente de elevación externa en los diferentes planos de la vida. ¿Y qué parece vislumbrarse sino esto de las descripciones llenas de optimismo que las Sagradas Escrituras trazan de los tiempos mesiánicos por la abundancia de bienes y la alegría de la vida que les son característicos y que no podemos aceptar como meros símbolos de los bienes espirituales o ultraterrenos tras la experiencia de veinte siglos en los que

“la Iglesia al predicar a Cristo Crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo, vino a ser la primera inspiradora y fautora de la civilización y la difundió doquier que la predicaron sus apóstoles, conservando y perfeccionando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando para la vida civil los nuevos pueblos que se guarecían al amparo de su seno maternal y dando a toda la sociedad aunque poco a poco, pero con pasos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realizado entre todas las civilizaciones que ha conservado hasta nuestros días, tanto más verdadera, durable y fecunda en preciosos frutos cuanto es más genuinamente cristiana, tanto más decadente con daño inmenso del bienestar social cuanto más se sustrae a la idea cristiana”. (S. Pío X, “Il fermo proposito”).

Nunca hubiera sospechado San Pío X que estas últimas palabras hubieran de resultar tan verdaderas ante los horrores de las dos guerras mundiales y los cometidos en la Rusia, Méjico y España comunistas, en la Alemania hitlerista y en la actual Hungría, en nuestro pleno siglo veinte...

EL APOTEGMA DIVINO

Nuestro Señor no se desentendió de nuestras preocupaciones económicas. Vió la posibilidad de que nos sumergeríamos en ellas, reconoció su absorbente fuerza para apartarnos de lo que nos es lo único necesario, las declaró propias de gentes paganas o sin Dios cuando son inquietantes en demasia, y sin salirse de la proyección: Justicia original y bienestar, mesianismo y vida feliz, antes corroborándola con su promesa divina, nos dió la solución de ellas bajo la paternal providencia de Dios al concluir su lección de confianza, diciendo: “Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mat. 6,33). Palabras breves, pero que expresan la pauta del proceder humano según un orden esencial de valores del que ni El mismo nos puede dispensar y que contienen una promesa de bienestar económico que El mismo se encarga de actuar por su providencia externa y la vinculación interna entre lo primero y lo segundo, entre lo esencial y lo accidental.

A la vez su solución la presente en un cuadro de la más rigurosa lógica. Si es Dios quien nos trae al mundo sin consultarnos, con mucha más predilección que a todos los demás seres, toca a él su mantenimiento en el mismo orden. Si da de comer a los pájaros y viste a los lirios sin que trabajen, y ha fijado las leyes de nuestro crecimiento físico, con la misma eractitud con que cumple éstas y con mucha más razón que cuida de los demás seres, mirará por nuestra conservación y desarrollo. Hemos, pues, de confiar en la paternal providencia de Dios evitando la solicitud demasiada que delata desconfianza y solo puede caber en gentes sin Dios. No es que no necesitemos del alimento, del vestido y de las demás cosas convenientes o necesarias para nuestro pleno desarrollo dentro de las posibilidades por El mismo establecidas. Bien sabe nuestro Padre que las necesitamos y aun antes de habérselas pedido (Mat. 6,8). A nosotros únicamente se nos pide que busquemos el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura.

Pero ¿que significa esto de buscar el reino de Dios y su justicia? Tratar de que Dios reine en nuestras almas viviendo en su gracia y en el cumplimiento de

sus mandamientos, como nos lo enseñó a pedir en el Padre Nuestro. También allí Nuestro Señor añadió al perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios el pan de cada día, indicando que la clave de la solución económica se encuentra cerca del cumplimiento de la voluntad de Dios.

En la reciente alocución de Navidad diagnostica el Papa la extraña enfermedad que padece nuestro mundo lleno de posibilidades para traer la felicidad a toda la humanidad y sin embargo acuciado por el dolor e inquieto de su suerte y hasta desesperado de sí mismo. Contra los que piensan que el remedio está únicamente en un estudio más profundo de las condiciones sociales y psicológicas de los pueblos y los hombres, nos advierte que "la contradicción fundamental de nuestra época no puede ser superada por el hombre mismo sin Dios y sin su vinculación a El", equivale a decir, sin religión. Nos está sucediendo a los hombres que hemos abandonado a Dios y a su Cristo "en quien descansan todas las cosas", también la economía, (Col. 1,17) y perdido el equilibrio y el enfoque de la vida tratamos de sustituirlos con nuestros medios artificiales que al mejor tiempo y aun en medio de condiciones externas las más favorables, resultan impotentes para proporcionarnos la verdadera felicidad que más consciente o inconscientemente todos buscamos. Temeroso el Santo Padre del fracaso de persistir en nuestros falsos puntos de vista, mantiene enhiesta la bandera del Movimiento por Un Mundo Mejor que no consiste en otra cosa sino en actuar la filiación divina entre los hombres, en que a ser posible todos seamos hijos de Dios por la vida de la gracia y obremos como tales individual y socialmente, en perfecta unión de miras y de fuerzas, seguro de que así la vida del hombre recobraría, como espontáneamente, algo de aquella alteza, facilidad y paz en la que un día le colocó Dios en el paraíso, a la que otro día le abrió el paso el Señor con su Redención y para la que cuenta hoy con medios que nunca antes estuvieron a su disposición.

POR AÑADIDURA

Siempre ha sido característica de los genuinos cristianos la confianza en la Providencia respecto a las necesidades y conveniencias de la vida, muy al revés de quienes no creen en Dios o lo consideran enteramente despreocupado de las cosas de aquí abajo. Su confianza se funda en la bondad del Padre Celestial y en el poder de la oración, capaz de transportar las montañas o hacer milagros, según lo prometido por el Redentor. Quien nos ha dado lo más que es la vida temporal y la sobrenatural de la gracia, no faltará en darnos lo menos que son los medios de sustentarnos y desarrollarlas.

Pero además Dios ha encerrado en nuestra vinculación a El virtualidades tan extensas y fructíferas aun en el campo económico que bien podemos considerarlas fuentes de bienestar temporal como "por añadidura" que dice el Evangelio, "a manera de una natural consecuencia", "por una cierta conexión de las cosas" que glosan las Encíclicas Pontificias, tanto que según León XIII y los otros Pontífices sus sucesores, "La Iglesia no podría hacer ya más por la prosperidad terrena de los individuos y de la sociedad si a ella tuviera que servir directamente".

A esto asentimos todos casi instintivamente y lo expresamos en las exclamaciones mezcladas de desengaño por la opuesta triste realidad cuando añoramos lo que fuera el mundo si todos nos portásemos como buenos cristianos. Y en otra forma lo manifiestan quienes advirtiendo la enorme potencialidad de algunas verdades cristianas fundamentales para iniciar el remedio de seculares abusos con los que están bien avenidos rehuyen oírlos y apartan o persiguen en una u otra forma a los encargados de predicarlas.

Antes hemos hecho alusión a la parte primordial que según Dios ocupa el trabajo en la vida del hombre y del cristiano. Se trata de manera explícita del trabajo manual en el que se ha pretendido encontrar la fuente de todos los valores económicos.

Siguiendo por la idea que de la dignidad humana proporciona el cristianismo tanto en su aspecto natural de ser el hombre la obra cumbre del Creador aquí abajo como en su aspecto sobrenatural de hijo de Dios y destinado a su misma gloria, sólo ella basta a templar la voluntad para decidirla a labrarse un porvenir que no desdiga de tal dignidad y sólo ella es suficiente para revolversse contra los atropellos y abusos que contra ella se cometen o para mover a corazones generosos a dedicar todas sus fuerzas y la misma vida para enaltecerla de la vil postración en que la encuentran. Este es el movil que alienta al buen cristiano a prepararse a formar un hogar conforme a la voluntad divina, base de la verdadera grandeza de los pueblos y naciones, y el que ha lanzado a millares de apóstoles de Cristo a la evangelización y civilización de los pueblos, incluso el europeo y el americano, y el que hoy anima las vocaciones de los apóstoles sociales.

A todo el que pretende seguirle exige Jesucristo, como primera condición, la renuncia total a cuanto posee, en el sentido de que ninguna cosa puede preferir a la voluntad conocida de su Señor. Es un punto en que se debiera insistir más por lo claro que está enunciado (Luc. 14,33) y su trascendencia, aun económica, al querernos libres de egoísmo, es decir, con la mejor disposición para cortar de raíz toda clase de injusticias y fomentar la recta comprensión de la finalidad de los bienes terrenos y de su justa distribución.

Dar a cada uno lo que es suyo, no defraudar y robar al prójimo en lo que le pertenece es el primer precepto social económico del cristiano que no bastará a suplir ninguna caridad y que de cumplirse habría acabado con innumerables injusticias privadas y sociales y habría contribuido de manera espectacular a la elevación económica de individuos y naciones.

El cristianismo nos enseña que al formar el reino de Dios, somos miembros de una misma familia, rescatados con la misma sangre, alimentados con la misma doctrina y vida divina, sujetos a las mismas obligaciones fundamentales, avocados al mismo Tribunal Supremo y destinados a una misma felicidad eterna. Todavía nos enseña algo más sublime: que Nuestro Dios hecho hombre se identifica con el pobre y que su fallo supremo estará relacionado con nuestros deberes para con El en la persona de los necesitados. ¿Quién podrá valorar en la justa medida el alcance de estas doctrinas medulares del cristianismo en sus proyecciones benéfico-sociales?

Sin duda que no será el autor de estas líneas el primero que después de estudiar un tratado de Sociología y de haber leído y releído trabajos sobre salarios mínimos y familiares, cajas de compensación, primas de nupcialidad, seguros de accidentes y de vejez, participación en los beneficios, accionariado, régimen de primas, etc., etc., hay sentido en lo más profundo de su ser la convicción de que si hubiera más solidaridad humana y sobre todo más caridad cristiana todos estos medios de cumplir con la justicia social encontrarían abierta una ancha puerta a su implantación y no la forzada y estrecha que muchas veces topan bajo una segunda intención de desquitarse en alguna forma sin que mermen un punto las ganancias más de una vez injustificadas de empresas y particulares. Con tales procederes enteramente contrarios al espíritu cristiano no pueden menos de frustrarse las mejores intenciones por la elevación económica del pueblo que tengan aun los mismos gobernantes.

Con más caridad sobra decir que se cercenarían muchísimas superfluidades y gastos inútiles en bien de quienes a nuestro lado no disponen, sin su culpa, ni de las cosas más necesarias o convenientes.

¿Y qué decir de la escrupulosidad con que se tratarían los fondos públicos en beneficio del bien general y no del provecho propio?

No paran aquí las virtualidades económicas del cristianismo. Si las nombradas pueden considerarse como las más directas, posee la religión rectamente practicada otras que de modo indirecto están llamadas a contribuir notablemente al bienestar económico. Mencionemos a modo de ejemplo, el espíritu de sobriedad propio del cristiano, ajeno de todo en todo al de la avaricia y el despilfarro en gastos y vicios de todo género, el de la sinceridad y sencillez tan alabada de los tiempos antiguos y tan añorada en los nuestros en los que todo parece basarse en la mentira y el engaño; en fin en aquella tendencia a todo lo verdadero, honesto, justo, santo, amable, honrado, virtuoso y disciplinado de que habla San Pablo (Phil. 4,8) que tanto contribuye a las buenas relaciones entre individuos y naciones y hace de quienes la siguen las delicias del género humano.

CONCLUSION

Lejos de que con el cristianismo llevado a la práctica en todas sus consecuencias económico-sociales vayan a sobrar las leyes y reglamentaciones de esa índole, se iniciarían por el contrario y se implantarían con mucha mayor facilidad que lo han sido hasta el presente, por la mejor disposición de los ánimos, y el mundo dispondría de aquella organización económica que en lo posible contribuyese de la mejor manera a la perfecta suficiencia de la vida en todos los órdenes, fin de la sociedad.

No ha fracasado el Cristiannismo ni es necesario ir fuera de él para buscar el remedio de nuestros males económicos. En todo caso habremos fracasado los hombres que nos llamamos cristianos, pero que en realidad no hemos honrado con las obras nuestro cristianismo ya desde el principio abierto al bien general en fuerza de sus mismos principios, de manera que "cada uno tuviese lo que necesitaba, con una grande y connatural alegría de la vida, simpatiquísima a todo el pueblo" (Act. 2,45ss.). El reino de Dios en la tierra producía la satisfacción interna que es el mejor condimento para el goce de los bienes externos y el autoregulador de su cuantía. Era la paz prometida por Jesucristo y que, según sus palabras, ni el mundo ni nadie fuera de El la puede dar (Jo. 14, 27).

Sabemos que hay países donde no existe la cuestión social, donde prácticamente no hay pobres y el Estado cubre muchas de las necesidades particulares, pero también sabemos que no por eso son felices pues lo dan a entender los excesos abominables a que se entregan y sus cifras de suicidios y divorcios las más altas del mundo.

Sin embargo el mundo o gran parte del mundo sigue alucinado con el espejismo de una felicidad sin verdadera religión. El Papa no se cansa de recordarnos una y otra vez que lo primero, lo indispensable, la fuente del verdadero bienestar propio de hombres dotados de almas, racionales e inmortales es la búsqueda del reino de Dios. Lo demás vendrá por añadidura. De manera explícita se lo dice en la reciente alocución de Navidad a los proyectistas de la elevación de los países subdesarrollados. Terminemos con él:

"El arcano fulgor que irradió en la Noche Buena de la humilde cuna del hijo de María y los coros angélicos, mensajeros de paz, renuevan a la humanidad presente, desilusionada de tantas vanas esperanzas, la invitación divina a buscar en el misterio de Dios la luz y en su amor la vida.... La generación presente, como las demás que le precedieron y no vivieron sin el tormento de la ignorancia de la verdad ni las angustias de terribles acontecimientos, volvería de la cuna del Redentor glorificado y alabando a Dios, porque también para ella Cristo es su Salvador".